

ISABEL

¡Habla y acusa!

NAVARRO

(Rápidamente.)

¡No a vos!

(Señalando.)

¡Al Capitán!

ISABEL

(Con un arranque irresistible de fogosa lealtad.)

¡Muerde tu lengua!

(Al Rey.)

— Fernando de Aragón, Rey de Castilla,
nieto de un Almirante de mis tierras
y por la ley del corazón, pasando
sobre arroyos de sangre en mi defensa,
mi marido, ante Dios: cuando un instante
fuviérais que apartaros de mi vera;
cuando yo, presa en el azar de un sitio,
fuera, en rehenes, conducida a tierras

desconocidas; cuando
mis propios huesos, muerta,
fuviérais que dejar entre enemigos,
sin salvaguardia, por botín de guerra,
y ellos, para ultrajarme en mis cenizas,
amaestrasen hienas,
mandad que el Capitán vele, a mi lado,
y a todos los villanos de la tierra
retad después por Isabel a juicio:
¡que así es el Capitán y así es la Reina!
— después de esto, habla tú.

NAVARRO

(Anonadado por la intervención de la Reina.)

¡Me habéis traído
con las manos atadas, a presencia
de la que siempre honré!

REY

¿Por qué mentías?

NAVARRO

¿No mintieron en vos vuestras sospechas,
Rey Don Fernando?, y yo ¿por qué he mentido?

REY

Cuando la Reina ha hablado así ¡por fuerza.

*(En el tono de grandeza,
habitual en él, después de
una lucha consigo mismo, a
la Reina.)*

— ¡En mi alma os juro y por mi Dios, señora,
que para hacer justicia, como fuera,
pasé por todo hasta lograr traeros
a este rincón de piedras
donde, con vuestras manos, arrancárais
la espina, al pecho. Y como siempre, Reina,
la lámpara habéis sido en las oscuras
sombras de mi conciencia:
si yo, por una vez, traje más barro
vos prendisteis más luz y nada queda.

*(Haciendo visiblemente
fuerza para dominarse y se-
renarse, a Don Gonzalo.)*

— Gran Capitán ¿por qué no hablásteis?

GONZALO

(Con tranquila naturalidad.)

¿Cuándo?

La impostura, ella cae; no se contesta.

NAVARRO

*(Tratando todavía de po-
nerse a flote.)*

¡Bien que hablábais conmigo!

GONZALO

¿Dónde?

NAVARRO

¡En Baza!

GONZALO

*(Después de una pausa en
que sonrío con desdén.)*

¡Y he de seguir hablando: a las estrellas,
a Dios, y ellos me juzguen!

NAVARRO

(Con intención; al Rey.)

— ¡Ya lo sabéis, señor!

REY

*(Fuera de sí, atacando a
Navarro.)*

¡Áspid o lengua,

Navarro, basta ya! ¡Rinde a mis manos
¡a redoma de hiel con que envenenas!

ISABEL

(*Con una voz, pasando al fondo.*)

¡Favor al Rey, mis lanzas!

GONZALO

(*Incontrastable; arrancando a Navarro de las reales manos y cubriéndole con su gesto; al Rey.*)

¡Es sagrado!

¡No le toquéis, Alteza!

REY

¿Le defendéis?

GONZALO

Es enemigo y basta;
porque respeto le debéis en treguas.

(*Mostrando el pliego de los pactos que recibió en Nápoles.*)

— Vendióse a Francia; éste es el pacto. Y como se compromete en él a darle tierras,

del monarca francés trae los cuarteles
y de su nombre sin honor las letras.
Pacto de mercenario, al cabo es nada:
costó a mi Embajador unas monedas
y una noche de orgía entre lacayos;
pero, en mis manos, vale una frontera.
— Respetad al francés; que yo os respondo
de libertaros de él sobre la brecha.

REY

(*Después de recorrer el pacto con los ojos.*)

¿Y acusabais? ¡A mí, Pedro Navarro!
¿Reconocéis todo este cieno?...

NAVARRO

Alteza,
me amenazásteis; defendí mi vida.

ISABEL

¿Vendióse a Francia? Su castigo sea
no morir español, y es harto y basta.

(*Al Rey.*)

— Vos dictadle a Gonzalo su sentencia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1825 MONTERREY, MEXICO

*(Hay un silencio solemne;
el Rey se aproxima a Gonzalo.)*

REY

Gran Capitán, lugarteniente mío,
volved a Italia y sed mi brazo en ella,
que sobre el corazón pongo mi cetro,
para honrar lealtad como la vuestra.

— Navarro: así responde
Fernando de Aragón a tus sospechas.

(Llega junto a la Reina y dice.)

— Preparad vuestros frigos,
que hoy a Segovia el Almirante llega:
me tarda recibirle y con mis manos
quitarle la señal de las cadenas,
para enmendar un yerro antes con antes.

ISABEL

Si ahora no hablamos de él ¿por qué esta priesa?

REY

*(Poniendo en la voz una
emoción sincera.)*

Llamar al Almirante imaginábais,
Señora, en unas letras

donde hablabais de envidia y de enemigos:
las recibió Gonzalo...

ISABEL

¿A tanto llegan
dudas, en mi Castilla?

REY

Las recibió Gonzalo y pudo en ellas
reconocerse, imaginar que estaban
escritas para él... ¡Amarga prueba
de que una igual envidia
cumple, en lo humano, a idénticas grandezas!
Pues perdonadme si pequé en lo humano.

ISABEL

*(Con tristeza y piedad inefables;
tendiéndole sus manos.)*

¡Que siempre en vuestras alas llevéis tierra!

(El Rey besa las manos y sale por el fondo, diciendo a sus soldados, con voz entera de mano.)

REY

¡Obedeced al Capitán, mis lanzas!

(Se llegan unos soldados a primer término; sale el Rey.)

GONZALO

(A los soldados; por Pedro Navarro.)

A Málaga llevadle;

(A Isabel.)

donde espera

la nave que mañana ha de libraros
de nuestro afán y de su oprobio. Alteza.

(Se inclina y va a salir siguiendo a los soldados que prendieron a Navarro.)

ISABEL

(Deteniéndole; quedan solos en la escena, la Reina y Gonzalo.)

¿Partiréis, Capitán?

GONZALO

Y para siempre.

ISABEL

¿No os mostráis en Castilla?

GONZALO

Dejaremos,
como el Rey quiso, que Castilla ignore
que su huésped he sido unos momentos.

ISABEL

¡No mentáis, Gonzalo! . . . Fueron otros . . .
Perdonadles . . . el Rey, con el deseo
de castigar injurias, no quería
que pudiérais no oír el llamamiento
que os hacía, esta vez. Y como él sabe
la eterna lealtad de vuestro pecho
para conmigo, aunque el ardid le mancha . . .

GONZALO

(Atajándola.)

¡Nunca más grande fué; nunca más vuestro!

ISABEL

(Como estará, al igual que antes sus damas, ocupada en las sacas de trigo, levanta la frente de la labor que estaba haciendo, para preguntar con asombro al Capitán, que intencionadamente se quedó a su espalda.)

¿Vos lo decís?

GONZALO

¡No me miréis! Ya os dije que no salió de Nápoles, enfermo, vuestro Gran Capitán. Yo soy la sombra de su figura y mis palabras, eco de una eterna voz suya con que siempre hablando está con vos, de pensamiento. . . No me miréis, si os he de hablar. . . «El trigo preparad», dijo el Rey; y en vuestros dedos bien es que pase y que repase, Reina, tomando el aire y la nobleza de ellos; que al fin sus granos, resbalado ahora, gotas de sangre son de un mundo nuevo.

(Cuando ha logrado volver a llamar la atención de la Reina sobre la siembra, y ésta no le mira, el Capitán prosigue.)

— Sabía el Rey, porque lo sabe el Conde desde mi juventud — y es harto el tiempo — porque en Baza, como era tanta la llama delató el incendio; sabía el Rey, porque lo ví en sus ojos, ¡que os idolatro, Reina!

ISABEL

(Con emoción y estupor, irguiéndose.)

¡Vos! . . .

GONZALO

(Conteniéndola con la voz y el ademán.)

— Teneos . . .

Si estáis vos en Castilla, yo en Italia, si nos separa un mar . . . ¿qué importa el fuego? Pues yo culpado, cuando el Rey, mirando no, en mí, lo deleznable; en vos, lo eterno,

por la sola fe en vos, triunfó de todo,
 ¡nunca más grande fué, nunca más vuestro! ...
 Ya para siempre terminé; no hablando
 menospreciábais a mi Rey; yo quiero,
 pues merecí el desdén, que en mí recaiga ...
 No diréis que no vine a estos graneros
 de la Alcancía con mi almud de trigo:
 flor de mi vida y de mi alma, os dejo
 el fondo de dolor que hay en mi gloria,
 un imposible hecho quimera y sueño;
 la púrpura de sangre de mi banda
 que es una herida en la mitad del pecho;
 lo que es tan puro que pasaba el mundo,
 tan orgulloso que caerá en silencio,
 ¡mi amor! la flecha del ciprés de Córdoba
 a cuya sombra dormirán mis huesos
 ¡y ha de hacerme anhelar, hasta en la muerte,
 perpetuamente señalando el cielo.

*(Un rumor lejantísimo de
 campanería y clarines anun-
 cia la formación del cortejo.)*

— Perdón, Reina ... los ruidos de la fiesta
 llegan aquí ... Torna la vida a estos
 antros sin luz, mi sombra se disipa
 ¡ya nunca más he de volver a veros!
 — vuestras manos ...

ISABEL

*(Es imposible definir la ac-
 titud de la Reina hasta el fi-
 nal. Transfigurada por la con-
 fesión que acaba de oír, es,
 al mismo tiempo, castísima
 y apasionadísima en su res-
 puesta: más que humana;
 pero mujer.)*

Besadlas en Castilla,
 sobre sus mismos trigos, donde pienso
 que está la eternidad de mi reinado;
 donde todos los trigos venideros
 del hijo de mi trono, en las edades,
 revivan este instante sin saberlo!

GONZALO

Con devoción...

ISABEL

Como quien sois, Gonzalo:
 ¡las almas frente a Dios, rasguen sus velos!
 No hemos de vernos más en esta vida;
 pero de nuestras almas ¿qué sabemos?

lejos las dos, tal vez sus resplandores
 el alma engendrarán de nuestro pueblo;
 si espacio y tiempo nos separan, donde
 como de tierra al fin, nada es eterno,
 ¡besad mis manos, Capitán, en trigo,
 donde no hay fango... más allá del tiempo!...

(Y hundiendo sus manos
 en la siembra inacabable, al
 inclinarse el Capitán, para
 besarlas, desciende la cor-
 tina.)

FIN

Monte de Peña Roa y Septiembre; día de Nuestra
 Señora de las Mercedes, 1915.

Esta leyenda dramática fué puesta en es-
 cena por la primera vez, en Madrid, el día 30
 de Marzo de 1916, en el teatro de la Princesa,
 por la compañía «Guerrero-Mendoza», bajo el
 siguiente

REPARTO

<i>La Reina Doña Isabel</i>	Sra. Guerrero (D. ^a María).
<i>Doña Elvira, hija del Gran Capitán</i>	Srta. Ruiz Moragas.
<i>Doña Beatriz Bobadilla, Marquesa de Moya</i>	Sra. Salvador.
<i>Moraima</i>	Srta. Ladrón de Guevara.
<i>Doña Mencía, dama de la Reina</i>	» Hermosa.
<i>Doña Leonor, dama de la Reina</i>	» Carbonell.
<i>Gonzalo Hernández de Córdoba</i>	Sr. Díaz de Mendoza (D. F.)
<i>Don Fernando el Cató- lico</i>	» Codina.
<i>Sidi Hyaya</i>	» Vargas.
<i>Pedro Navarro</i>	» Juste.
<i>El Marqués-Duque de Cádiz</i>	» Palanca.
<i>Don Alonso de Aguilar</i>	» Cirera.
<i>El Marqués de Villena</i>	} » Guerrero.
<i>Próspero Colonna</i>	
<i>El Conde de Tendilla</i>	» Dafauce.
<i>Zapata</i>	» Capilla.
<i>Pedro Mártir</i>	» Carsí.
<i>Gaytán</i>	» Urquijo.